

DECLARACIÓN DE FUNDACIÓN DEL GRUPO DE ESTUDIOS SUBALTERNOS LATINOAMERICANOS*

INTRODUCCIÓN

El trabajo del Grupo de Estudios Subalternos, una organización interdisciplinaria de académicos del Sur de Asia liderados por Ranajit Tuha, nos ha inspirado a fundar un proyecto similar dedicado a estudiar lo subalterno en Latinoamérica.¹ El actual desmantelamiento de los regímenes autoritarios en Latinoamérica, el fin del comunismo y el consiguiente desplazamiento de los proyectos revolucionarios, los procesos de redemocratización y las nuevas dinámicas creadas por los medios masivos de comunicación y la transnacionalización económica exigen nuevas formas de pensar y actuar políticamente. A su turno, la redefinición del espacio cultural y político latinoamericano en años recientes ha impulsado a los académicos de la región a revisar epistemologías establecidas y previamente funcionales en las ciencias sociales y en las humanidades. En particular, la tendencia general hacia la democratización prioriza una reexaminación de los conceptos de sociedades plurales y las condiciones de subalternidad dentro de estas sociedades.

La comprensión de que coinciden las visiones del subalterno de las elites tanto del período colonial como del período de la posindependencia hizo que el Grupo de Estudios Subalternos cuestione los paradigmas maestros usados en

* Traducción de Juan Zevallos Aguilar. El documento en inglés apareció en John Beverley, José Oviedo, and Michael Aronna, eds., *The Postmodernism Debate in Latin America*, Duke University Press, Durham, 1995, pp. 135-146.

1. El grupo explica que usa la palabra subalterno "como un nombre para el atributo general de subordinación en la sociedad de Asia del Sur si es expresada en términos de clase, casta, edad, género, oficialidad o en cualquier otra forma". Ver Ranajit Guha, "Preface", en Ranajit Guha y Gayatri Spivak, eds., *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, New York, 1988, p. 35.

la representación de sociedades coloniales y poscoloniales en las prácticas culturales de hegemonía desarrolladas por los grupos de elite y en los discursos disciplinarios de las humanidades y ciencias sociales que buscan representar los funcionamientos de estas sociedades. El artículo original de Guha en el primer volumen de la serie de Estudios Subalternos, publicado por el grupo comenzando 1982, traza el objetivo del proyecto de desplazar las asunciones causales y descriptivas sobre la historia colonial del Sur de Asia incorporadas en los modelos dominantes de las historiografías colonial, nacionalista y marxista ortodoxa.² En su libro *Aspectos elementales de insurgencia campesina* (1983) Guha critica los prejuicios de trabajos históricos previos que favorecen a los insurgentes que presentan agendas escritas y programas cuidadosamente bien pensados. Esta dependencia de las fuentes escritas, anota Guha, deja ver la parcialidad hacia las elites indígenas coloniales alfabetas en la construcción de la historiografía del sur de Asia.

Leer esta historiografía “al revés” (o “contra la corriente”, en el idioma de la desconstrucción usada a veces por el grupo) para recuperar la especificidad cultural y política de las insurrecciones campesinas tiene, para Guha, dos componentes: la identificación de la lógica de las distorsiones en la representación del subalterno en la cultura oficial o de elite; el descubrimiento de la semiótica social de las estrategias y prácticas culturales de las insurgencias campesinas en sí mismas.³ El aporte de Guha fue señalar que el subalterno, por definición no es representable como un sujeto histórico capaz de una acción hegemónica (por cierto, desde las perspectivas de los administradores coloniales o los líderes nativos “educados”); sin embargo, se manifiesta en dicotomías estructurales inesperadas, fisuras de formas de jerarquía y hegemonía y, a su turno, en la constitución de los próceres de la nación en la escritura, la literatura, la educación, las instituciones nacionales y la administración de la ley y la autoridad.

En otras palabras, el subalterno no solo *responde* a iniciativas que vienen de otro lugar a despecho de la tendencia de los paradigmas de verlo como un sujeto pasivo o “ausente” que puede ser movilizadado solo desde arriba; también *actúa* para producir efectos sociales que son a veces visibles, aunque no siempre predichos y comprendidos por estos paradigmas, o las políticas estatales y proyectos de investigación que autorizan. El reconocimiento de este rol del subalterno y de las maneras que curvan, alteran y modifican nuestras estrategias de vida, de aprendizaje, de comprensión y de investigación, subraya las dudas que acosan a estos tradicionales paradigmas disciplinarios e

2. Ranajit Guha, “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India”, en *Selected Subaltern Studies*, pp. 37-43.

3. La declaración clásica de este doble empeño es el artículo de Guha “The Prose of Counter-Insurgency”, en *Selected Subaltern Studies*, pp. 45-84.

historiográficos. Estos paradigmas están relacionados a los proyectos sociales de las elites nacionales, regionales e internacionales que buscan administrar o controlar poblaciones sometidas. Así mismo, estos paradigmas traen el peligro de infiltrar una serie de hegemonías culturales a través del espectro político, ya sea en las mismas elites, ya en las epistemologías y los discursos de los movimientos revolucionarios que buscan subvertir su poder en el nombre del “pueblo”.

EL SUBALTERNO EN LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

La constatación de las limitaciones de la historiografía de elite en relación al subalterno no es una novedad teórica en los Estudios Latinoamericanos, que por mucho tiempo han trabajado con la asunción de que la *nación y lo nacional* no son términos populares o inclusivos de la totalidad social. El concepto y representación de la subalternidad desarrollado por el Grupo de Estudios Subalternos asiático no gana actualidad hasta los ochenta; pero los *estudios latinoamericanos* han estado comprometidos con temas afines desde su inauguración como campo en 1960. La constitución del campo en sí mismo (y de la Asociación de Estudios Latinoamericanos –LASA– como su forma organizacional) como una formación necesariamente interdisciplinaria corresponde a la forma en la cual el Grupo de Asia del Sur conceptualizó lo subalterno como un sujeto que emerge en, o a través de las intersecciones de un espectro de disciplinas académicas que van de la crítica filosófica de la metafísica a las teorías literaria y cultural contemporáneas, la historia y las ciencias sociales. En verdad, la fuerza que está detrás del problema del subalterno en Latinoamérica podría decirse que proviene directamente de la necesidad de reconceptualizar las relaciones entre nación, estado y “pueblo” en los tres movimientos sociales que centralmente han diseñado los contornos e intereses de los *estudios latinoamericanos* (como de Latinoamérica moderna): las revoluciones mexicana, cubana y nicaragüense.

Nosotros podemos bosquejar la relación entre la emergencia de los *estudios latinoamericanos* y el problema de la conceptualización de la subalternidad en términos de tres fases mayores que vienen desde 1960 al presente:

PRIMERA FASE: 1960-1968

Como se sabe, aunque la mayoría de los países latinoamericanos ganaron su independencia formal en el siglo XIX, los estados-nación poscoloniales resultantes fueron dirigidos predominantemente por criollos blancos que desarrollaron regímenes de colonialismo interno con respecto a los indígenas, los esclavos de ascendencia africana, el campesinado mestizo y mulato y los

proletariados nacientes. La revolución mexicana marcó un punto de partida con un modelo eurocéntrico de desarrollo predominantemente blanco, masculino y oligárquico, porque dependió de la agencia de indígenas y mestizos que no solo actuaron como soldados sino también como líderes y estrategas de los levantamientos revolucionarios. En el México posrevolucionario, sin embargo, en un proceso que ha sido ampliamente estudiado, este protagonismo fue frenado en los niveles económico, político y cultural a favor del crecimiento de una clase media y alta mestiza con la supresión de los líderes y comunidades indígenas y con la resubalternización del indígena como un artefacto cultural de los nuevos aparatos del estado (por ejemplo, en el muralismo mexicano) más que como un agente histórico y político real.

La revolución cubana representó un renacimiento parcial del impulso de sacar a la superficie al subalterno. En particular, se criticaron en los niveles práctico y teórico la primacía de la historiografía eurocéntrica, los paradigmas culturales y el carácter no o poseuropeo del sujeto social de la historia latinoamericana en el contexto de la descolonización. La relectura que hace Roberto Fernández Retamar de Fanon y el discurso de liberación nacional en su ensayo *Caliban* fue un ejemplo de las nuevas maneras de conceptualizar la historia e identidad de Latinoamérica.

Este impulso influyó no solo a los escritores del *Boom* literario, tales como Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, sino también a los intelectuales de las ciencias sociales, tales como André Gunder Frank y los teóricos de la teoría de la dependencia. Ambos grupos vieron el establecimiento de economías y sociedades viables en Latinoamérica como algo contingente a una radical “ruptura” estructural con el sistema dominante, una ruptura que, al menos en la teoría, a la vez permitiría y sería producida por el protagonismo de los sujetos subalternos.

La revolución cubana exploró las prácticas culturales y políticas que ya no estaban contentas con la representación del sujeto social de la historia Latinoamericana como proveniente de la clase media o alta. El nuevo prestigio que la revolución dio al marxismo entre los intelectuales y trabajadores culturales latinoamericanos proveyó un optimismo y una certidumbre epistemológica sobre la naturaleza del poder de gestión histórico. La concepción del pueblo como “masas trabajadoras” se convirtió en el nuevo centro de la representación. Entre los más significativos resultados de este cambio conceptual en el campo de la cultura tenemos la Escuela de Cine Documental de Santa Fe, creada en Argentina por Fernando Birri; las películas del Cinema Nuovo, en Brazil, y del ICAIC de Cuba; el concepto boliviano de “cine con el pueblo” desarrollado por Jorge Sanjinés y el Grupo Ukamau; el teatro colombiano de “creación colectiva”, el teatro Escambray en Cuba y movimientos afines en los Estados Unidos como el Teatro Campesino.

Pero aun cuando este trabajo comprometía problemas de género, raza y lenguaje, y su insistencia en un sujeto unitario de clase y la asunción concomitante de la identidad en textos teórico literarios producidos por elites intelectuales que trataban este asunto borraban la disparidad de negros, indígenas, chicanos y mujeres; modelos alternativos de sexualidad y del cuerpo; epistemologías y ontologías alternativas; la existencia de aquellos que no habían entrado todavía en el pacto social con el estado (revolucionario); el "lumpen". (Una buena dramatización de esta problemática, pero que es también "parte del problema" en su manera de formularla, fue la exploración hecha por Sara Gómez de los conflictos de clase, raza y género en la Cuba posrevolucionaria en su película *De cierta manera*). El sujeto de la historia nunca estuvo en cuestión y tampoco estuvo la validez de su representación (en los sentidos mimético y político) por las facciones revolucionarias, por las nuevas formas de arte y cultura, o por los nuevos paradigmas teóricos como la teoría de la dependencia o el marxismo althusseriano.

SEGUNDA FASE: 1968-1979

La crisis del modelo de protagonismo representado por la revolución cubana se produce con el colapso de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia y de las guerrillas foquistas a fines de los sesenta, en general, un colapso anunciado en parte por la distancia entre estos grupos y las masas que ellos buscaban dinamizar hacia la acción revolucionaria (una inquietante imagen de este problema fue el reconocimiento del Che, anotado en el *Diario en Bolivia*, de los ojos inexpresivos de los campesinos aymara-hablantes del altiplano que él estaba tratando de organizar).

La Nueva Izquierda estadounidense y el movimiento contra la guerra de Vietnam, el "Mayo" francés y las manifestaciones estudiantiles y la posterior masacre de Tlatelolco en México en 1968 señalan la entrada de los estudiantes como actores políticos en el escenario mundial, desplazando a los partidos y formaciones social demócratas y comunistas tradicionales. Las prácticas culturales que influyeron en la insurgencia son ejemplificadas en Latinoamérica por Violeta Parra y el movimiento de la Nueva Trova en la música, o por la emergencia del reggae y algunas formas de rock como músicas de oposición. El momento es caracterizado políticamente, por un lado, por una lucha "generacional" entre las elites y sectores medios y un nuevo y amorfo sector social, al cual la Nueva Izquierda estudiantil busca representar; por otro lado, por la amplia alianza política o el frente popular de movimientos tales como la Unidad Popular chilena de Allende.

En la producción cultural, la emergencia de formas testimoniales y documentales cambian dramáticamente los parámetros de representación, desplazando la función del escritor y las vanguardias. En contraste a la ambición de los novelistas

del *Boom* de “hablar por” Latinoamérica, el sujeto subalterno representado en el texto testimonial se convierte en una parte de la construcción del texto mismo. El desencanto con la estrategia masculinista de la “metaficcionalidad” del *Boom* conduce a un nuevo énfasis en lo concreto o personal, la “pequeña historia”; la escritura (o el trabajo de video) de mujeres, prisioneros políticos, lumpen y gays, y se incrementan en este proceso cuestiones de quién representa a quién. Simultáneamente, en la crítica académica literaria se encuentra la iniciativa de construir una “historia social” de la literatura latinoamericana, representada por los proyectos tales como el grupo *Ideologies and Literature* en la Universidad de Minnesota y el *Instituto de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos* en Caracas, ambos nutridos por la diáspora de intelectuales izquierdistas del Cono Sur en los años siguientes a 1973.

Esta fase también marca la introducción en Latinoamérica de la teoría posestructuralista francesa, el marxismo gramsciano y la herencia de la Escuela de Frankfurt, que sirven para desestabilizar algunas de las asunciones de las varias formas del marxismo ortodoxo dominantes en 1960 y a la vez el modelo de “modernización” generado en las ciencias sociales norteamericanas. En respuesta al formalismo de la semiótica estructuralista, una semiótica “social” que subraya la heteroglosia, el dialogismo y la multiplicidad de los discursos y prácticas significantes gana actualidad, impulsada por la recepción latinoamericana del trabajo de Bakhtin, Voloshinov, Lotman y la Escuela de Tartu y el campo emergente de los estudios culturales en los Estados Unidos y Gran Bretaña.

TERCERA FASE: LOS OCHENTA

La revolución nicaragüense y la importancia y divulgación de la teoría y la práctica de la Teología de la Liberación se convierten en puntos cardinales de referencia de esta fase. *Cultura, democratización, global, pos (marxismo, modernismo, estructuralismo)* se convierten en sus palabras claves. Formas de cultura alta tales como la literatura son puestos entre corchetes por las críticas desarrolladas por la desconstrucción, el feminismo, los programas de estudios multiculturales en los Estados Unidos, y, en su lugar, el significado antropológico de cultura como “experiencia vivida” empieza a destacarse. En tándem con la emergencia de proyectos como el Grupo de Estudios Subalternos o el Centro de Estudios Culturales de Birmingham dirigido por el jamaquino Stuart Hall, los latinoamericanistas empiezan a cuestionar con profundidad la persistencia en la modernidad latinoamericana de sistemas de representación coloniales y neocoloniales.⁴ Se empieza a percibir que las dinámicas culturales y políticas

4. Ver, por ejemplo, la obra póstuma de Angel Rama, *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover, N. H., 1984.

han empezado a funcionar en un contexto global que problematiza el modelo centro-periferia de la teoría de la dependencia y las estrategias del nacionalismo económico que parten de ese modelo (el fin de ciclo de crecimiento de los sesenta y las crisis de la deuda serán los hechos económicos dominantes de la década en Latinoamérica).

El rápido desarrollo y la expansión de la tecnología de la información son los rasgos tecnológicos definitorios de esta fase, que permiten, entre otras cosas, la circulación de textos y prácticas culturales de áreas de la anterior periferia colonial en nuevos circuitos globales de recuperación e intercambio de información (la publicación, su posterior recepción y la actual centralidad del testimonio de Rigoberta Menchú en el debate sobre el multiculturalismo en los Estados Unidos, son pequeños pero significativos ejemplos de las nuevas formas de creación y circulación de los objetos culturales). Con la proliferación de la televisión, la telenovela se convierte en la nueva y dominante forma cultural de Latinoamérica y el estudio de las comunicaciones en el campo académico de más rápido crecimiento.

Este es el momento precisamente de la emergencia de los estudios culturales dentro de la academia anglo-americana, emergencia impulsada por la conjunción de la teoría y el activismo feministas, la crítica poscolonial, nuevas formas de marxismo y teoría social (Jameson, el "posmarxismo" de Mouffe y Laclau y la "condición posmoderna" de Lyotard), la narración sicoanalítica de la construcción del sujeto provista por la teoría lacaniana, la nueva atención a los medios masivos de comunicación y la cultura popular, y las nuevas experiencias de globalidad y simultaneidad. Con el retraso de más o menos cinco años esta emergencia es respondida en Latinoamérica y en los Estudios Latinoamericanos. Sería apropiado por lo tanto concluir esta narrativa sobre la relación del problema de subalternidad con los Estudios Latinoamericanos con dos observaciones: 1. El proyecto de desarrollo de un Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos que nosotros estamos proponiendo representa un aspecto crucial, del más extenso campo de Estudios Culturales Latinoamericanos; 2. en la nueva situación de globalidad, el significante "latinoamericano" en sí mismo también ahora se refiere a fuerzas sociales significativas dentro de los Estados Unidos, que ahora se ha convertido en la cuarta o quinta nación con población hispano-hablante en el mundo.

CONCEPTOS FUNDAMENTALES Y ESTRATEGIAS

Es sobre todo el emergente consenso en la necesidad de un orden internacional democrático que crea el escenario para nuestro trabajo. La naturaleza ética y epistemológica de este consenso y el destino de los procesos de redemocratización en Latinoamérica están, creemos nosotros, ligados a

formas que imponen nuevas urgencias y desafíos en nuestro trabajo como investigadores y profesores. Estas formas involucran, por un lado, una acentuada sensibilidad a las complejidades de la diferencia social y, por el otro, la composición de una plural, pero común, plataforma de investigación y discusión en la cual todos tienen un lugar. Las tradicionales configuraciones de democracia y del estado-nación han impedido la participación activa de las clases y los grupos sociales subalternos en los procesos políticos y en la constitución del conocimiento académicamente autorizado y no han reconocido sus contribuciones potenciales como un conjunto de capital humano, excepto por equivocación.

Lo que es claro en el trabajo del Grupo de Estudios Subalternos del Sur de Asia es el axioma que las elites representadas por la burguesía nacional y/o la administración colonial son responsables de inventar la ideología y realidad del nacionalismo. Su manera de mirar las cosas está localizada dentro de los parámetros del estado-nación como un punto construido de intersección e interés de un poder hegemónico anteriormente colonial y un futuro sistema poscolonial de nuevos estados, en el cual las elites jugarán roles claves de liderazgo. Lo que Guha llama "el fracaso histórico de la nación de constituirse a sí misma",⁵ fracaso debido a lo inadecuado del liderazgo de la elite, es la problemática central de la poscolonialidad. La nueva economía política global trae como consecuencia un movimiento conceptual para desenfatar paradigmas de nación e independencia, un movimiento que se ve en los cambios de la terminología de las ciencias sociales. *Consenso, pluralismo, democracia, subalternidad, cambio de poder, nuevo orden global y gran área* son ejemplos de esta mutación. Estos términos han sustituido a términos tales como modernización, dictadura, partido, revolución, metrópolis/periferia, desarrollo, nacionalismo y liberación nacional. Una de nuestras primeras tareas es rastrear cómo estos términos han cambiado y qué implicaciones tiene el uso de una terminología dada.

Además de la conceptualización de nación como por lo menos un espacio dual (elites coloniales o metropolitanas/elites criollas; elites criollas/grupos subalternos), el estudio del subalterno en Latinoamérica incorpora otras dicotomías estructurales. Como un espacio de contraposición y colisión, la nación incluye múltiples fracturas de lenguaje, raza, etnicidad, género, clase y las tensiones resultantes entre asimilación (disolución étnica y homogenización) y confrontación (resistencia pasiva, insurgencia, huelgas, terrorismo). Lo subalterno funciona como un sujeto "migrante" en sus propias auto-representaciones culturales y en la naturaleza cambiante de su pacto social con el estado. De acuerdo tanto a la narrativa de modos de producción del marxismo

5. Guha, "On Some Aspects", p. 43.

clásico como a la narrativa la modernización del funcionalismo sociológico, un sujeto migrante debe medir su posición en el escenario del desarrollo de una economía nacional. En tales narrativas, el consentimiento de las clases subalternas y su identidad como categorías económicas subrayan la productividad incrementada que es la señal de progreso y estabilidad económica. La cuestión de la naturaleza del pacto social subalterno es integral al funcionamiento efectivo de los gobiernos en el presente tanto como para prever su futuro.

La desnacionalización es simultáneamente un límite y un umbral de nuestro proyecto. La “desterritorialización” del estado-nación bajo el impacto de la nueva permeabilidad de las fronteras a los flujos del capital y fuerza de trabajo meramente replica, en efecto, el proceso genético de implantación de una economía colonial en Latinoamérica en los siglos XVI y XVII. No solo es que nosotros nos negamos a operar dentro del prototipo de nacionalidad; sino el concepto de nación, en sí mismo, está ligado al protagonismo de elites criollas interesadas en dominar y administrar a otros grupos sociales o clases en sus propias sociedades, y que ha oscurecido la presencia y realidad de los sujetos sociales subalternos en la historia latinoamericana desde un principio. Nosotros necesitamos, en este sentido, ir hacia atrás para considerar formas precolombinas y coloniales de territorialización prenatal, tanto como ir hacia adelante para pensar en las nuevas y emergentes subdivisiones territoriales, fronteras permeables, lógicas regionales y conceptos tales como *Commonwealth* o Panamericanismo.

Cuestionar el concepto de nación afecta, a su turno, nociones “nacionales” de elite y subalterno. En Latinoamérica (y ahora en los EE. UU.), los patrones de migración o los recientes fenómenos de recolonización chocan con las formaciones económicas y sociales existentes cuyo estatus legal es garantizado por el estado, y modifican consecuentemente la representación y el protagonismo del subalterno. ¿Cuáles son las fronteras de Latinoamérica si, por ejemplo, nosotros consideramos a Nueva York la mas grande metrópoli puertorriqueña y Los Angeles la segunda mitad de México; o si estamos tratando con los angloparlantes afrocaribeños de la costa atlántica de Nicaragua que se llaman a sí mismos criollos y cuyos gustos culturales incluyen a la vez música *country* norteamericana y reggae jamaicano?

La insistencia en pensar lo subalterno desde el punto de vista de la posmodernidad significa que nosotros nos negamos a rastrear las anteriores hegemonías culturales en la formación del subalterno y de las elites de las áreas correspondientes. Nosotros podemos encontrar lo subalterno solo en las vetas de prácticas socio-culturales administrativas y epistemologías previamente articuladas, en las reproducciones de mentalidades culturales y en los pactos sociales contingentes que ocurren en toda coyuntura de transición. De acuerdo a los escritos de la elite, el nacionalismo es una aventura idealista conducida por ella misma, que está guiada en parte por un ideal “letrado” de nación. La elite criolla

con su antagonismo hacia el colonizador, supuestamente aboga por el bienestar del pueblo, las clases subalternas, reclamando altruismo y abnegación en vez de la búsqueda de poder de clase. La historia de la burguesía nacional se convierte en la autobiografía espiritual de la elite, un hecho que no es ignorado por las clases subalternas y que directamente contribuye a sus formaciones culturales y políticas (v. gr. la bien conocida resistencia a la alfabetización en español en algunas áreas indígenas y a la “alta cultura” generalmente de parte de los grupos subalternos). No reconocer la contribución del pueblo a su propia historia manifiesta la pobreza de la historiografía y apunta a las razones cruciales de las fallas de los programas nacionales de designación “popular”. El (trans)nacionalismo subalterno es concebido negativamente como un problema de ley y orden y positivamente solo como una respuesta al carisma de los líderes de elite, en otras palabras, como una movilización vertical de grupos y facciones a través de la manipulación populista o de los medios masivos de comunicación.

Para representar la subalternidad en Latinoamérica, en cualquiera de las formas que aparece –nación, hacienda, lugar de trabajo, hogar, sector informal, mercado negro– y para encontrar el espacio vacío donde el subalterno habla como un sujeto sociopolítico, se requiere explorar los márgenes del estado. Nuestra premisa, otra vez, es que la nación, como un espacio conceptual, no es idéntico a la nación como estado. Nuestras estrategias de investigación nos obligan a hacer un trabajo arqueológico en los intersticios de las formas de dominación –ley/ejército/control policial, y formas de integración– aprendizaje y enseñanza. Desde la perspectiva de la subalternidad, el uso alterno de policías y profesores puede muy bien aparecer como estrategias coordinadas de proyectos transnacionales para la extracción económica y la administración territorial. Nosotros debemos cuidar, en el proceso de conceptualizar la subalternidad, de no entraparnos en el problema, dominante en articulaciones previas de liberación “nacional” (por ejemplo, en algunas formas de nacionalismo puertorriqueño o el *Arielismo* literario latinoamericano) de la misma elite nacional como subalterna, es decir, como transcriptor, traductora, intérprete y editora; debemos evitar, en otras palabras, la construcción de las intelligentsias como “peones” en la hegemonía cultural metropolitana. Esto no es desconsiderar el problema, sino simplemente indicar que reteniendo el enfoque en la intelligentsia y en las prácticas intelectuales que la caracterizan –centradas en el cultivo de la escritura, ciencia y cosas parecidas– nos deja de nuevo en el espacio del prejuicio historiográfico y la incapacidad de “ver” que Guha identifica en sus estudios de la insurgencia campesina.⁶

6. Esto puede indicar un punto de la diferencia entre la propuesta de Estudios Subalternos y aquellos de, por ejemplo, Roberto Fernández Retamar o Edward Said, con quienes comparte muchos intereses. En el prefacio de *Selected Subaltern Studies*, Said pone a Guha y a los miembros del grupo en compañía de Fanon, Salman Rushdie, Gabriel García Márquez, Ngugi wa Thiongo, C. L. R. James, etc. (ix-x). Es apropiado decir que su trabajo es, en palabras de Said, “un híbrido”, que

Sin embargo, nosotros no queremos simplemente excluir la cuestión de lo “nacional” y formas de nacionalismo y movilización “nacional-popular”, por ejemplo, tal como ocurre en la revolución sandinista en Nicaragua (nosotros estamos influenciados aquí por el trabajo de Carlos Vilas sobre la cuestión de la identidad del sujeto social de la revolución).⁷ Tampoco nosotros queremos establecer una fisura entre lo teórico y político. Lo subalterno no es solo una cosa. Es, para repetir, un sujeto mutante y migrante. Aún si nosotros estamos de acuerdo en definir el concepto general de lo subalterno como las masas de la población laboral y los estratos intermediarios, nosotros no podemos abjurar de la inclusión de sujetos que no trabajan formalmente, a menos que queramos correr el riesgo de repetir el error del marxismo clásico sobre la cuestión de cómo la subjetividad social es construida. Nosotros necesitamos tener acceso al vasto (y móvil) arraigo de las masas —campesinos, proletarios, los sectores formales e informales, los sub y desempleados, vendedores, los que están fuera o al margen de la economía monetaria, lumpenes y ex-lumpenes de todas clases, niños, el creciente número de personas sin casa.

Nosotros necesitamos concluir esta declaración, sin embargo, con el reconocimiento de los límites de la idea de “estudiar” lo subalterno y con una advertencia a nosotros mismos. Nuestro proyecto, en el cual un equipo de investigadores y sus colaboradores en universidades metropolitanas quieren sonsacar de los documentos y prácticas del mundo oral del subalterno la presencia estructural del sujeto inevitable, indestructible y efectivo que ha probado que nosotros estábamos errados —que ha demostrado que nosotros no lo conocíamos— tiene que confrontar el dilema de la resistencia o insurgencia subalterna contra las conceptualizaciones de elite. Claramente, es una cuestión no solo de nuevas formas de mirar al subalterno, de nuevas y poderosas formas de recuperación de información, sino también de construir nuevas relaciones entre nosotros y aquellos seres humanos contemporáneos a quienes nosotros formulamos como objetos de estudio. El comentario de Rigoberta Menchú al final de su famoso testimonio es quizás relevante sobre este punto: “Sigo ocultando lo que yo considero que nadie lo sabe, ni siquiera un antropólogo, ni un intelectual, por más que tenga muchos libros, no saben distinguir nuestros secretos”.⁸

parte conjuntamente de intereses y teorías occidentales y no occidentales. Pero donde Said y Retamar ambicionan un nuevo tipo de intelectual como el protagonista de la descolonización, el paradójico y, por supuesto, admitido intento de los Estudios Subalternos es precisamente desplazar la centralidad de los intelectuales y la “cultura” de elite en la historia social.

7. Carlos Vilas, *The Sandinista Revolution: National Liberation and Social Transformation in Central America*, Monthly Review Press, New York, 1986.

8. Rigoberta Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú, y así me nació la conciencia*, Siglo XXI, México, 1984.